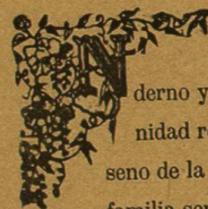


nas. Pues bien: á la narración filosófica y crítica de todas las fases tomadas por todas estas manifestaciones del humano espíritu en el período de los últimos cien años, le llamamos Historia del siglo XIX. Ya sabemos que no se producen las ideas y las cosas con aquella regularidad que las ordena, tanto en los sistemas científicos, como en las poblaciones modernas. Ya sabemos que, mientras unas veces las obras del Arte predominan sobre los productos de la Industria, otras veces, la política predomina sobre todo. Ya sabemos que hay lustros de grandes artistas, como hay lustros de grandes filósofos. Unas veces, la Metafísica; cuál, desde que nació Kant á la vida científica en el siglo pasado hasta que murió Hegel en este nuestro siglo, lo llena todo; otras veces lo llena todo la Economía, cuál, desde que Cobden y Brighth comenzaron la más activa campaña contra las leyes prohibitivas de Inglaterra, hasta que concluyeron, por medio de Chevalier y de Bonaparte, su pacto comercial con Francia. En ciertos periodos, una propensión absorbe todas las otras, como la propensión guerrera en los tiempos ciclópeos del horrible conflicto entre Alemania y Francia. Un hombre levantado, como Lavater, por ejemplo, en la vida de esta generación, disminuye mucho durante la vida de una generación subsiguiente. Imposible hacerle comprender á quien escoge por favorita lectura en sus esparcimientos y recreos la *Nana* de Zola, el poético, y si queréis, enfático, pero bello lenguaje de la célebre *Atala*, mostrando su fé católica por medio tan sumamente anticatólico cual un suicidio, allí donde la vida se torna tan intensa y exuberante como en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo. Imposible que comprenda la enfermedad terrible de Werther, ó la duda enfermiza de Byron, el hombre acostumbrado á bañarse, como en éther, en la fe viva que Lamartine consagró á Dios, ó Victor Hugo al hombre. ¡Cuánta distancia del clasicismo académico, con que David se holgaba y que creía ortodoxia del Arte, al romanticismo del gran Delacroix, trastornado, como al asalto de una borrachera divina y sublime, al contacto de la orgía de colores que llevaba en su retinal! Existen diferencias grandiosísimas entre unas y otras obras de arte, y entre unos y otros aspectos de la ciencia, y entre unos y otros temas de la misma religión, por no hablar de la política tan sujeta de suyo á fases múltiples y varias; pero en tres lustros, de seguro se desarrollan dentro de los pueblos civilizados todas las propensiones fundamentales del espíritu moderno. Seguid las fases de este espíritu, por lustros, en un período de cien años, y habréis seguido, sin quererlo, y sin advertirlo quizás, la Historia del siglo en todo su desarrollo; Historia reveladora, que os iniciará en la inteligencia de lo pasado, en el estudio de lo presente y en las previsiones de lo porvenir.



CAPITULO SEGUNDO

Trascendencia de los tiempos antiguos á la edad nuestra.



NINGUNA sociedad aparece aislada en el espacio y ningún siglo aparece aislado en el tiempo. Dificilmente comprenderías el pueblo más moderno y más complicado y en permanente continuación, que hasta una perennidad relativa llega, si no estudiárais los instintos sociales encerrados en el seno de la naturaleza humana. ¿Qué sociedad sería posible sin la familia y qué familia sería posible sin la primera atracción de amor, cuyas afinidades juntan unos individuos con otros individuos y los asocian bajo el mismo lecho á la vez y los reúnen sin esfuerzo en asociación rudimentaria, para desde allí elevarles á la sociedad mayor, que concluye siempre por constituir un Estado? Hasta en los mismos animales ha de relacionarse por fuerza la existencia de una sociedad humana, no sólo por todo cuanto son relaciones como cuerpos en el espacio y como visibles organismos en la vida orgánica, por el ejemplo de asociación anterior á la nuestra dada por el enjambre, por las bandadas, por el rebaño, por las asociaciones de los seres que nos han precedido en el escenario de la Naturaleza y que se han adelantado á nosotros en las manifestaciones y en el ejercicio de ciertos instintos naturales, que parecen sin trascendencia de ningún género á nuestra vida y que sin embargo nos han precedido en el tiempo y nos han mostrado en su viva enseñanza cómo se compone y se forma y se anima y se robustece una sociedad. No se puede, no, estudiar la familia sin subir el período del matriarcado, y desde el matriarcado al período del hectarismo, y desde el hectarismo al período de los patriarcas, cual no

se puede conocer un pueblo sin conocer los pueblos que le han generado, cual no se puede conocer un tiempo sin conocer los tiempos que le han precedido.

Meditemos un poco acerca de todas esas particularidades si deseamos conocer el siglo décimo nono. Indudablemente la Historia tiene sus leyes. La civilización camina, como el sol, de Oriente á Occidente. Terrible panteísmo materialista envuelve á los pueblos primeros del Asia, que viven á una en las entrañas del Universo. Pobre simiente contenida en estrecha película, misero feto pegado al vientre de su madre, y por el jugo maternal nutrido, el primer hombre apenas se distingue de la materia, ni se aparta del mundo animal. La Historia no comenzó sino con las sociedades humanas; y las sociedades humanas primitivas; como el hombre mismo, se adhieren mucho, en sus primeros días, á la Naturaleza, y con la Naturaleza tristemente se confunden. Así, antes de las primitivas sociedades, mucho antes, se desarrolla un período llamado prehistórico, en el cual apenas el hombre acierta, por lo incipiente de su vida natural, á mirar la luz, y apenas usa instrumento alguno de industria que lo lleve á dominar sobre la fuerza. Cuando ve uno las habitaciones lacustres y los artefactos prehistóricos asómbrase del tiempo que habrá necesitado, con estar hoy tan sometida la materia, para someter á su avasallante soberana y recabar por las revelaciones interiores de su inteligencia y por los impulsos de su energía la libertad. Las primeras sociedades envueltas en el seno de la Naturaleza por medio del panteísmo materialista se organizan en castas. Y cuán mísera la suerte humana, cuán triste y nefasta la estrella que preside á los humanos destinos en el tiempo, si vemos que la sumisión por medio de castas inferiores del vencido al vencedor resulta un progreso, porque antes el vencedor sólo se acordaba del vencido para entregarlo al exterminio. Naturalmente, sociedades así no podrán renovarse sino renovándose antes su religión, apareciendo en el escenario, donde representan la gran tragedia de su vida, un verdadero profeta. En la India como en la China, vemos sobreponerse á sus religiones primitivas otra nueva representada por Buda. Pero en uno y otro pueblo, religioso el indio y positivista el chino, desde tiempo inmemorial subsisten las castas, mucho más naturales é históricas entre los primeros, artificiosas y burocráticas entre los últimos. Cuando estalla el principio de contradicción en los dogmas y los imperios ó Estados se fundan en las orillas del golfo pérsico, bien puede asegurarse que comienza el hombre á caminar, porque si la guerra es contradicción y es odio, también es movimiento, saludable éste siempre, pero mucho cuando paralizado el espíritu necesita moverse. La religión sabeista idolatró á los astros; mas los astros aparecieron como divinas individualidades, y en esta individualización de la divinidad panteísta se ocultaban gérmenes rudimentarios de futuros progresos. Las personalidades divinas comunicaron al hombre la idea de una personalidad humana, verdaderamente inmortal. Aquella religión de la muerte profesada por los egipcios infundió el calor de la vida en el seno de la humanidad. Correspondiéronse con las individualidades y personas divinas las momias con-

servadas en los olorosos ataúdes. La esfinge se levantó á las puertas de los templos con su cabeza humana y su cuerpo completamente animal, como si el arte hubiera querido con sus intuiciones sobrehumanas mostrar allí, en aquella obra suya, el estado intelectual y moral á que había llegado la humanidad. El Egipto está, pues, destinado á ser como la escuela de los dos pueblos á quienes debemos las bases graníticas de las sociedades modernas, el heleno y el hebreo. De un lado iniciaba en sus misterios á Moisés, y de otro lado iniciaba en sus misterios á Pitágoras. Y mientras tal escuela se fundaba en las tierras de África, que allende el Mediterráneo, como al Mediodía de Grecia se extienden, un mercado se fundaba en la península que baja del Líbano al mar, y que se llama Fenicia. En la escuela misteriosa del Egipto los griegos aprendían aquella idea de la individualidad, que había de producir su politeísmo, sus ciudadanos, sus ciudades, sus repúblicas. Y en el rico mercado aprendieron los griegos, á su vez, el cambio de productos y el método colonizador, que les llevó á dejar con el surco de sus naves civilizadoras estelas de cultura y con sus hermosas colonias, aras del nuevo espíritu. Lenta, muy lentamente va surgiendo del seno de la Naturaleza este gran escenario de la libertad, y hallándose así en las esfinges antiguas la nueva personalidad humana. Con razón se ha dicho que comienza en Grecia la Historia. Y comienza la Historia, porque allí se desliga más el hombre de las especies inferiores con quienes se halla ligado en Asia, y se presenta sobre la península helena, sobre sus archipiélagos como una estatua sobre su pedestal.

Verdaderamente no podéis iniciar la historia de siglo alguno moderno, sin volver los ojos á la madre Grecia. Desde los símbolos y formas del arte hasta las nomenclaturas del saber, todo le pertenece. En el ideal de nuestras instituciones, en el verbo de nuestra religión, en las armonías de nuestra lengua se contiene algo de la tierra civilizadora por excelencia. Y no podía menos, porque tomando á la India los dioses, las bases de toda su teogonía; y al Egipto los dogmas, las bases de toda su moral; y á la Fenicia el alfabeto y el comercio, con los cuales fundaba las colonias y extendía verdaderas estrellas espirituales y cuasi divinas por las costas del Mediterráneo, compendiaba Asia y apercibía Europa. Su corona de montañas, que la separa del mundo boreal y le impiden los estragos del frío; su territorio, semejante á una hoja de morera caída en las aguas, todo él de mares celestes circuido, los cuales mitigan el extremo calor con sus brisas y sus oleajes; el coro de islas, enclavadas las unas hacia los vestíbulos de Oriente, y las otras hacia Italia, le dan, hasta en su geografía, carácter sintético, y la hacen como el resumen y compendio material de nuestra Europa. Su influencia permanece por tan maravilloso modo en el mundo y perdura en el tiempo, que, no solamente ha dado á la Edad Media su teología y á la Edad Moderna su Renacimiento, sino que á la Edad Novísima, objeto preferente de este libro, le ha dado también con el filehelenismo uno de sus más bellos y más pronunciados caracteres. Con largueza tal nos ha transmitido la ciencia y el arte, que no podrá entrarse de ningún

modo dentro de la historia científica y artística del tiempo corriente sin reconocerle su sacra maternidad. Pues, ya lo hemos dicho, el derecho nuestro, y en parte la política provienen de Roma. Con menos islas, con mayor solidez continental que Grecia, su obra, la obra de Italia, no tendrá el brillo etéreo y espiritual de la obra helénica; pero penetrará más en los senos de nuestro organismo y en la levadura de nuestra vida. Cada día vemos con mayor claridad que han brotado naciones de sus provincias; que la legislación civil ha debido colocarse necesariamente sobre sus leyes; que los conceptos suyos de propiedad y aun de familia, son nuestros mismos conceptos, uno y otra definidos y organizados por un tan grandioso testamento como el Derecho Romano, que, desde los prefectos religiosos llamados Obispos, hasta el Emperador espiritual llamado Papa, resultan copia de su imperio; que la forma municipal, á cuyo soberano poder volveremos; si deseamos precavernos de la demasiada centralización moderna, tomó de Roma sus tipos y ejemplares; que allá, en los espacios mismos del Nuevo Mundo, hay gente afanada con llamarse latina y deben, desde su religión hasta su lenguaje, á la Ciudad Eterna. Imposible penetrar en la historia del siglo sin previa mención especial de las dos penínsulas, que han compuesto como los dos factores de la civilización clásica. Sobre si habían sus leyes de guardar más ó menos poder en nuestras letras, giró la gran competencia literaria del siglo, la competencia entre clásicos y románticos presidida por un titán, en cuya frente ciclópea resplandeció celeste relampagueo de luminosísimos ideales. El primer poeta de Alemania parece por su alma, un sacerdote de Olympia, y por su estilo, un discípulo de Fidias. Y no basta, para volver los ojos á todos estos apartados orígenes del río de nuestro tiempo, la necesidad imprescindible de conocer á fondo el arte contemporáneo; sucede que aún están de pie, pomoviendo tempestades próximas á estallar sobre nuestras cabezas, los dos imperios dejados al mundo moderno por el antiguo, los dos imperios de Oriente y de Occidente, ó sean, de Roma y de Constantinopla. Verdad que ha pasado el imperio de Oriente á manos de un mongol conocido con el nombre de Sultán y Calif.; como ha pasado el imperio de Occidente á un hereje conocido por comandar la raza enemiga de Roma y del catolicismo; lo ha querido el hado. Pero esta degeneración ó alteración de ambas instituciones antiguas, no empece ni á su origen ayer, ni á su influencia hoy. Lo cierto es que todavía la disputa de los pueblos por Constantinopla ensangrentará, quizás antes de que termine nuestro siglo, la Europa contemporánea; y el sucesor protestante germánico de lo que ha quedado aún del imperio de Augusto y de Carlo-Magno, pretenderá sobre todo el continente una hegemonía muy parecida de suyo al viejo poder imperial. Las guerras que á cada instante se os han ofrecido en el siglo por las regiones de Oriente, no tendrían explicación alguna sin estos precedentes.

La Historia es una idea ó un espíritu que se va desenvolviendo ó desarrollando en el tiempo con una precisión matemática y por fases continuas. Para comprender una parte

considerable de los problemas territoriales contemporáneos, hay que subir á su planteamiento y origen. Muchas guerras del siglo décimo-nono provienen de trascendentales luchas sucedidas bien lejos, allá en el siglo quinto. Si el imperio de Oriente no ha dejado jamás de ser griego, aunque lo fundara un Emperador romano; si al establecer los dos hijos del español Teodosio, Arcadio y Honorio, sus sendas sedes imperiales en Rávena y en Bezancio, restablecieron la incontrastable antítesis entre Oriente y Occidente, que no pudo resolver en una síntesis superior ni el genio de Alejandría ni el genio de Roma; si, hoy mismo, desde las costas del mar Adriático á las costas del Asia Menor la cultura toda parece griega, como desde las costas del Adriático al Estrecho de Gibraltar parece latina; ¿cuánto más no resaltará esta consecuencia de los hechos históricos en la distribución de los pueblos bárbaros, así germánicos cual mongoles y eslavos por todo nuestro Continente fragmentado en pueblos latinos, griegos, celtas, tártaros, musulmicos, sajones, escandinavos, eslavos? El martirio de Polonia resulta por una gran parte de las razas como necesario desquite á la cruel dominación polonesa sobre Rusia; con especialidad, sobre aquel territorio conocido con el nombre de pequeña Rusia. Si Alejandro III está empeñado en rusificar las provincias alemanas del Báltico, da por excusa, que los germanos quedaran en costas pertenecientes á la inundación eslava; y si Bismarck está empeñado en germanizar las provincias eslavas del ducado de Posén, da por excusa que los eslavos descendieron aqueude la corriente del río Elba, país esencialmente germánico. Las grandes cuestiones cheques, recrudecidas hoy mismo en las Dietas austriacas, en las calles y en las universidades de Praga, suceden por haber los esclavones penetrado en el cuadrilátero de Bohemia, que los alemanes creen indispensable á su completa seguridad, y no fiarán jamás, sino después de una guerra gigantesca y de una derrota irreparable, á pueblos consanguíneos de Rusia. El rumano de Transylvania, soberbio al noble sentimiento de su origen hispano-latino, como el eslavo de Croacia, no menos soberbio al sentimiento de su parentesco estrechísimo con las razas primeras de nuestro Continente, por sentir sangre indo europea en sus venas, aborrecen al magyar, heredero del feroz Atila y emparentado con el gran turco á causa de su sangre mongólica. V sin embargo, por el magyar, por su espoleo á las razas germánicas, explicase la presencia de los eslavos así en la Península de los Balkanes como en el cuadrilátero de Bohemia, y su rebosamiento de los antiguos límites naturales rusos y poloneses sobre las tierras germánicas. Tal inmanencia de los tipos antiguos y de los viejos hechos queda en Europa hoy. Las tribus normandas, entrevistas por Carlo-Magno en su agonía como un azote al frágil Imperio romano restablecido por su genio político y guerrero, generadores del feudalismo, constituyen hoy los pueblos escandinavos del Norte y la grande aristocracia feudal de Inglaterra. El celta de Irlanda, guarda hoy su odio secular al normando y al sajón, los dos factores componentes de la familia británica. El sajón puro y el germano puro, se apartarán de Roma en el mundo